

Hablo tanto de ellos que ya aturdo:  
Leo los del norte y los del mediodía (1) ».

¿ Se hará tal vez de La Fontaine un sabio? Para eso tiene su erudición descuidos singulares. En su vida de Esopo dice que el biógrafo de este fabulista de la antigüedad vivió en un siglo en que no se habían apagado los recuerdos del poeta y que pudo recogerlos de la tradición, olvidando al decir esto que trascurrieron diez y nueve siglos entre el frigio y su biógrafo; el monje griego vivió dos siglos ántes, sólo dos siglos, que Luis el Grande. En una epístola á Huet en favor de los antiguos y contra los modernos, en honor de Quintiliano particularmente, vuelve á Platon, su tema favorito, y declara que no le iguala ninguno entre los sabios modernos mientras que en Grecia *hormigueaban*. (2). Atribuye la decadencia de la oda en Francia á una causa que nadie imaginaria: « La oda, escribe, exige una paciencia incompatible con nuestro fuego. » Por otra parte, en esta notable epístola protesta contra la imitación servil de los antiguos y trata de explicar cómo es la suya. Aconsejamos á los curiosos que comparen este pasaje con el fin de la segunda epístola de Andres Chénier; la idea en el fondo es la misma, pero comparando la expresión de una y de otra se verá la profunda diferencia que separa á un poeta artista como Chénier de un poeta de instinto como La Fontaine.

Lo cierto es que La Fontaine, como casi todos los poetas, exceptuando á Molière y á Corneille si acaso, descuella por la forma; esto es verdad en Marot, en Ronsard, en Regnier, en Malherbe, en Boileau, en Racine, en Chénier y en otros muchos; cuando se han recorrido sus diversos méritos hay que convenir en que es por el estilo por lo que sobresalen. En Molière, al contrario, como en el Dante, Shakespeare, Calderon y Milton, el estilo iguala sin duda á la invención; pero no la sobrepuja. En cuanto á la forma de nuestro La Fontaine, es demasiado

(1) Térence est dans mes mains, je m'instruis dans Horace;  
Homère et son rival sont mes dieux du Parnasse;  
.....  
Je chéris l'Arioste et j'estime le Tasse;  
Plein de Machiavel, entêté de Boccace,  
J'en parle si souvent qu'on en est étourdi;  
J'en lis qui sont du nord et qui sont du midi.

(2) La Grèce en fourmillait dans son moindre canton.

conocida y está sobradamente analizada para que yo insista en ella. Básteme hacer observar que entra en un sinnúmero de insípideces pastoriles y galantes de gusto muy dudoso, que censuraríamos en Saint-Evremont y que en La Fontaine nos gustan. Efectivamente, en La Fontaine lo insípido, lo desabrido, lo desacertado, se rejuvenece y purifica bajo su mágica pluma. En La Fontaine no hay estro ni coherencia en sus composiciones; hay distracciones frecuentes que cortan el estilo y hacen desviar el pensamiento; sus versos deliciosos deslizándose como un arroyo con plácida cadencia, parece algunas veces que dormitan, otras que se extravían y nada los contiene; pero esto mismo constituye una manera con la cual sucede como con la especial de cada hombre de genio: lo que en otros sería indiferente ó malo se convierte en gracia picante ó en rasgo característico.

La conversión de madama La Sablière que La Fontaine no tuvo la energía de imitar, dejó á nuestro poeta ocioso y solitario. Continuó viviendo en casa de la dama convertida, pero ya no se reunía en ella la antigua selecta sociedad. La misma señora se ausentaba con frecuencia para visitar á sus enfermos y pobres. Entónces fué cuando el poeta para no aburrirse buscó la sociedad del príncipe de Conti y de los Vendome, cuyas costumbres como es sabido no eran ejemplares: entónces fué cuando, sin perder nada en lo que toca al ingenio, expuso á las miradas de todos una vejez más disoluta y una existencia más cínica, disfrazada y mal oculta bajo las rosas de Anacreonte. Maucroix, Racine y todos sus amigos verdaderos se afligian con estos desarreglos sin excusa; el austero Boileau dejó de verle. Saint-Evremont que quería llevárselo á Inglaterra al lado de la duquesa de Mazarino, recibió de Ninon la cortesana una carta que decía: « He sabido que queréis atraer á La Fontaine á Inglaterra; ya no nos sirve en París; su cabeza está debilitada. Tal es el destino de los poetas: el Tasso y Lucrecio lo experimentaron. Dudo que haya filtro amoroso en La Fontaine, pues este no ha querido á ninguna mujer que pudiera hacer el gasto. » La cabeza de La Fontaine no declinaba como creía Ninon; pero lo que dice del filtro amoroso y de sus amores sin decencia era demasiado cierto.

Afortunadamente se prendó del poeta una señora tan bella como rica, madama de Hervart, quien le ofreció su hospitalidad y fué para él una

segunda La Sablière concediéndole amistad, cuidados y protección que no le faltaron hasta el último momento. En su casa fué donde el autor de *Joconda*, arrepentido al fin, revistió el cilicio para siempre. Los detalles de esta penitencia son conmovedores. La Fontaine la consagró públicamente por una traducción del *Dies iræ*, que leyó en la Academia, y había formado el designio de parafrasear los salmos ántes de morir. Pero, prescindiendo de la enfermedad y de los años, difícil es que semejante tarea, tantas veces intentada por poetas arrepentidos, hubiera sido posible para La Fontaine ni para ninguno de su tiempo. En aquella época de creencias tradicionales no era la razón lo que extraviaba sino los sentidos; el que había sido libertino se hacía devoto; no se había pasado por el orgullo filosófico ni por la impiedad; no se había navegado por los mares de la duda. Los sentidos por sí solos daban placer al alma y no por enojo ni por desesperación. Después, agotados los desórdenes y los errores, se volvía á la verdad suprema que se había olvidado sin negarla ni desconocerla, y se encontraba todo preparado, confesionario, oratorio y cilicio que mataba la carne. Ya no se luchaba como en nuestros días perseguidos por horribles dudas dentro de una vaga fe, entre eternas oscuridades y ante un abismo sin cesar abierto. Pero me equivoco: hubo un hombre que sufrió todo esto y estuvo á pique de volverse loco: este hombre fué Pascal.

## II

Hablar de la Fontaine, aunque no se diga nada nuevo, nunca es fastidioso; es hablar de la experiencia, del resultado moral de la vida, del buen sentido práctico, profundo, universal y vario, amenizado por el humorismo, animado por la imaginación, corregido y embellecido por los mejores sentimientos, consolado sobre todo por la amistad; es hablar de todas aquellas cosas que no se sienten y comprenden bien sino en la edad madura. El La Fontaine que se da á leer á los niños no se aprecia en todo su valor hasta después de los cuarenta años. La Fontaine es como el vino viejo de que habla Voltaire á propósito de

Horacio: gana envejeciendo. Y así como el lector cuantos más años tiene aprecia mejor el mérito del fabulista, así también la literatura francesa á medida que avanza y se prolonga concede á La Fontaine un puesto más distinguido y le encuentra cada vez más grande.

La crítica no se ha atrevido durante mucho tiempo á colocar á La Fontaine á la altura de los demás grandes hombres, á la altura de los grandes poetas que ilustraron su siglo: «*El remendón y el rentista*, decía Voltaire, *los animales enfermos de la peste, el molinero, su hijo y el asno*, etc., etc., por excelentes que en su género se reconozcan, no estarán nunca para mí á la altura de las inimitables piezas de Racine, de la perfecta *Arte poética* de Boileau, del *Misántropo* ó el *Tartufo* de Molière.» Puede ser que Voltaire tenga razón; pero la posteridad que no tiene que optar entre estas obras maestras, la posteridad que no es un hombre de letras, plantea de otra suerte la cuestión; no pregunta lo que es más ó menos elevado, más ó menos difícil como arte y composición; olvida los géneros; no ve más que el tesoro moral de buen sentido, de verdad humana, de observación eterna que se le trasmite bajo una forma tan viva y palpitante. Goza de aquellos cuadros tan seductores y tan expresivos sin tratar de medirlos ni clasificarlos. Ama al autor, reconociéndole por el que más y mejor ha reproducido en su poesía, enteramente realista, los rasgos de la raza y el genio de nuestros padres. Y si un crítico más atrevido que Voltaire llegara á decir: «Nuestro venerable Homero, el Homero de los franceses, es la Fontaine», la posteridad, sorprendida al pronto por este juicio tan inesperado, acabaría por responder: *es cierto*.

La vida detallada de La Fontaine ha sido escrita por M. Valckenaer; basta tomar de su obra los principales hechos que dan á conocer el carácter del hombre; precisamente esta obra es la mejor de Valckenaer.

La Fontaine nació el 8 de Julio de 1621 en Chateau-Thierry (Champagne). Su educación fué descuidada; desde muy joven leía sin orden y á la ventura lo que caía en sus manos. Algun libro de piedad que le prestó un canónigo le hizo creer que tenía afición y condiciones para el estado eclesiástico; entró en un seminario de París como también á su ejemplo un hermano que tenía; pero ni Juan La Fontaine ni su

hermano menor permanecieron en el seminario (1). La Fontaine se equivocó entrando en un seminario y volvió á equivocarse contrayendo matrimonio. Es célebre como marido por sus descuidos y sus inadvertencias. Su padre le trasmitió el destino que tenía y lo desempeñó con la misma negligencia que todas las demas obligaciones. Era el hombre del instinto, del genio natural, de las inclinaciones diversas sucesivamente abandonadas; se le podria definir diciendo que era el más natural de los hombres y que no poseia toda su reflexion sino cuando soñaba. Era alto, bien formado, de facciones marcadas y expresivas. En la primera parte de su vida, en provincia, se dejaba llevar á todo género de compañías, buenas ó malas. Una oda de Malherbe que oyó recitar le reveló, segun dicen, su talento poético. Leyó los viejos autores, se empapó en Rabelais, gustó de Racan, soñador y fantástico, de quien aprendió la elevacion de pensamientos y el descuido en la expresion. La primera obra que dió á luz fué la traduccion en verso de *El Eunuco* de Terencio (1654); tenía á la sazón treinta y tres años. Esta traduccion es contemporánea de las primeras obras de Molière. Un pariente de la señora de La Fontaine, Jannart, que era sustituto de Fouquet en el cargo de procurador general del Parlamento de París, recomendó al poeta al que fué su protector, al superintendente espiritual y amigo generoso de las letras. La Fontaine gustó á Fouquet, abrióle este las puertas de la más brillante sociedad y fué el poeta de las maravillas y las magnificencias de Vaux.

Algunos se han admirado de que La Fontaine llegara tan pronto á la celebridad, de que llegara tan en breve á ser poeta de moda en el mundo cortesano. Los que bajo la fe de algunas anécdotas exageradas han hecho del fabulista un soñador siempre ausente, vagando solitario, entregado á sus quimeras, tienen razon de admirarse; pero el amable poeta no era tal como se lo figuran. Tenía ciertamente distracciones, se abstraía con facilidad, su entusiasmo le llevaba muy á menudo léjos de lo humano; pero cuando no estaba en vena de composicion, cuando se detenía al lado de las mujeres que él ha celebrado y que le mimaban á porfía, cuando queria agradar, tened por cierto que nadie como

(1) Estos datos que completan los incluidos en la primera parte del artículo, se encuentran repetidos porque el autor escribió la segunda parte de este estudio y la publicó algunos años despues que la primera.

él tenía todo lo necesario para hacerse interesante, á lo ménos por la conversacion. ¿Y quién mejor que el mismo La Fontaine ha definido la conversacion perfecta con todo lo que exige de ligero y de formal?

Bagatelas, quimeras, ciencia, todo,  
En la conversacion es necesario;  
Se debe hacer de modo.  
Que en un conjunto armónico, si vário,  
Á la abeja imitemos, que reposa  
Y extrae la miel del cardo y de la rosa (1).

Lo que La Fontaine decia á madame de La Sablière en los versos trascritos, debió practicarlo con frecuencia; pero á sus horas y con quien queria. Voltaire, refiriendo al instinto el talento de nuestro La Fontaine, pero á condicion de que la palabra *instinto* fuera sinónimo de *genio*, decia en una carta á Vauvenargues: « El carácter del buen hombre era tan sencillo que en la conversacion no estaba por encima de los animales que hacía hablar... La abeja es admirable en la colmena; fuera de la colmena es una mosca. » Acabamos de ver que, por el contrario, La Fontaine queria que se fuera abeja aún en la conversacion.

El superintendente señaló una pension á La Fontaine con la condicion de que cada trimestre hiciera una obra en verso. En aquel tiempo compuso *el Sueño de Vaux* y ademas epístolas, baladas y otras poesías sueltas. Estas primeras composiciones de La Fontaine son del género y del gusto de las de Voiture y Sarrasin, no superando á las de estos dos ingenios, aunque la vena es más abundante y más natural. No fué malo para La Fontaine que el favor de Fouquet le iniciara en el trato y en la vida cortesana, y todavía mejor que semejante círculo no le retuviera largo tiempo. El peligro para La Fontaine no estaba seguramente en el exceso de regularidad. Si la privanza de Fouquet hubiera

(1) . . . . . la science,  
Les chimères, le rien, tout est bon; je soutiens  
Qu'il faut de tout aux entretiens;  
C'est un parterre où Flore épand ses biens;  
Sur différentes fleurs l'abeille s'y repose,  
Et fait du miel de toute chose.

En todos los versos traducidos en el curso de esta obra hemos tratado de conservar el pensamiento del autor lo más fielmente posible, sin cuidarnos mucho de la forma en el verso castellano. N. del T.

continuado, quizá el poeta se habría dejado llevar en todos sentidos por las pendientes rápidas de su fácil vena. Tal vez hubiera escrito los *Cuentos*, pero no las *Fábulas*. Estas fábulas de la Fontaine probablemente no hubieran salido nunca de los jardines de Vaux y de sus blandas delicias; fué necesario para que nacieran con toda su moral profunda y agradable que el poeta sintiera la elevación de su genio en la sociedad de Boileau, de Racine y de Molière y que, sin que le deslumbrase Luis XIV, sufriera insensiblemente la influencia, el ascendiente del monarca. Uno de los caracteres propios del talento de La Fontaine consiste, efectivamente, en la posesión de todas las variedades y todos los tonos, pero sin producirlos si algo exterior no los excita ó despierta. Sin esto y por sí solo ¿qué hubiera hecho? Había para él dos cosas preferibles á rimar: soñar y dormir.

Si queréis que exprese en forma literaria esta distinción que hago entre el tono del poeta en sus principios y sus maneras después perfeccionadas, diré que hay dos La Fontaine, uno anterior á Boileau y otro posterior.

La caída de Fouquet encendió en el corazón de La Fontaine las chispas de su genio. Bien conocida es su Elegía:

Llorad; oh ninfas! en las grutas hondas;  
Ninfas de Vaux, llorad; lágrimas vuestras  
Aumenten el caudal de vuestras ondas!  
.....  
Goce el Destino, Oronte es desgraciado! (1).

En esta Elegía, como en el discurso en verso á madama de La Sablière sobre su conversión, como en el principio de *Filemon y Baucis*, como en el *Sueño de un habitante del Mogol*, encontró La Fontaine para expresar su sentimiento, sus votos y sus gustos un alejandrino hermoso y fácil que por sí mismo se fija en la memoria. Es un alejandrino enteramente suyo, como los de Corneille y Racine pertenecen exclusivamente á sus autores. Cuanto han dicho los críticos contra los versos cojos y desiguales de nuestro fabulista es inaplicable á estos monumentos de su inspiración.

(1) Remplissez l'air de cris en vos grottes profondes,  
Pleurez, Nymphes de Vaux, faites croître vos ondes!  
.....  
Les destins sont contents: Oronte est malheureux.

Prescindo de los *Cuentos*, empezados en 1665 por complacer á la duquesa de Bouillon, parienta de Mazarino, y continuados después por darse gusto á sí propio, y voy á las *Fábulas* que escribió por encargo del Delfín.

Las *Fábulas* de La Fontaine se publicaron en tres colecciones sucesivas. La primera, conteniendo los seis primeros libros, vió la luz en 1668; la segunda, con los cinco siguientes, hasta el undécimo inclusive, se publicó en 1678; el duodécimo y último libro, llamado el canto del cisne, salió en 1694. En la segunda colección, en la de 1678, es en la que á mi juicio alcanzó La Fontaine la plenitud de su genio en una forma severa á la par que ligera y animada.

El fondo de las *Fábulas* está tomado de muchas, de todas partes. La antigua literatura francesa da mucho de sí, más de lo que La Fontaine y sus contemporáneos conocían. Uno de los poemas más curiosos de la edad média y que constituye una verdadera epopeya satírica, es el *Romance de Renart*; figuran en el poema como personajes los diversos animales y se empeña entre ellos una serie de aventuras, conflictos y revanchas que hasta cierto punto se encadenan. Cuando se ha leído el *Romance de Renart* y otros de la edad média, se comprende que allí está La Fontaine; en tal sentido se puede decir que es nuestro Homero. Pero es el caso que La Fontaine no conocía estos poemas galos en su origen, en sus verdaderas fuentes, y que los reproducía sin saberlo. No se había remontado á los pequeños Esopos que se habían quedado manuscritos; pero tenía la misma savia. Había leído acá y acullá todos estos apólogos, todas estas fábulas, en los libros de segunda mano á que habían pasado los asuntos, en autores extranjeros del siglo xvi. Su originalidad está en la *manera*, no en la *materia* (*dans la manière, et non dans la matière*). Como Montaigne, como madama de Sévigné, y aún más que el uno y la otra, poseía La Fontaine en alto grado la invención del detalle. No la tenían aquellos más que en el estilo; este en el estilo y en el juego y enlace de las pequeñas escenas. En Francia, donde fatigan pronto las grandes concepciones poéticas, que exceden la medida de nuestra atención burlona, se pide á los poetas este género de imaginación y de fertilidad imitativa que ocupa breves instantes.

La Fontaine, dedicándose á poner en verso asuntos de fábula sumi-